

COMENTARIOS — CRÓNICA

VERBVM.—Según ocurre casi siempre con las publicaciones de carácter no comercial, la aparición de VERBVM nunca ha sido estrictamente periódica, ni aun en los buenos tiempos en que la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras gozaba los beneficios, ya lejanos, de una añorada subvención universitaria.

Como esos tiempos han pasado—esperemos que no irremisiblemente—, ahora quedamos libres, en cuanto a ese retardo, de toda exculpación de circunstancias. Ya es confortante que sin siquiera renunciar al imprescindible decoro tipográfico de una revista de esta índole, VERBVM, tan herida por el brusco cercenamiento de un apoyo que imaginaba vitalicio, no se haya resignado a morir. No han faltado, en el trance difícil, quienes no han querido consentir esa muerte. Tal vez porque entienden—sin pagarse de ingenuos o de culpables optimismos—que nuestras manifestaciones culturales no son tantas ni tan exquisitas como para pasarnos, en alarde de criolla indiferencia, sin lo que, desde hace tiempo, y por lo menos en el ámbito de lo casero o inmediato, significan estas páginas.

Con la subvención, preciso es decirlo, muchas posibilidades le han sido restadas a la revista que, ya adulta y veinteañera, hubiese podido intentar no sólo más frecuentes salidas, sino, a buen seguro, iniciativas mayores.

Lamentamos que las atendibles—aunque no supremas—razones de una insólita economía, o de un nuevo orden universitario, tengan privado a VERBVM de aquel módico apoyo, que le era, por causas diversas, punto menos que indispensable. Mas, como lo esencial—es decir, la revista misma—por el momento queda a salvo, no pensamos quejarnos. Y hay dos motivos. Primero, porque de todas las especies líricas la que menos nos gusta es la elegía, y luego porque, mientras no falte el aporte cordial de los mejores, acaso el franciscanismo de los recursos venga a consolidar la espiritualidad de los fines.

LUCIEN SIMON.—El rigor del espacio no consiente que aludamos, ni por modo somero, a las diversas actividades últimamente desarrolladas en la Facultad. Omitiremos así, entre otras noticias, las referentes a las

conferencias de los profesores extranjeros, que este año han logrado—cosa infrecuente tratándose de género tan efímero—inusitada eficacia.

Algunas líneas, con todo, debemos al paso entre nosotros de M. Lucien Simon, lo que se explica si se considera que, con el conferenciante, nos ha interesado el artista. Lucien Simon se ha referido aquí a los últimos cincuenta años de la pintura francesa. Supimos por él de los académicos y de los naturalistas; del impresionismo y de la tendencia decorativa; del grupo de la "Bande Noire" y del movimiento novísimo. Narró con frase evocadora la hazaña de picassiana y la rebelión, hirsuta, de los "fauves". Esbozó figuras pintorescas y animó perfiles desvaídos. Recordó a Bastien-Lepage y a Puvis de Chavannes. Redijo el encanto de Fantin Latour, el sortilegio de Monet y la finura de Renoir. Habló de Carrière y de Forain, de Roussel y de Jacques Émile Blanche. Notició—y era la primera vez que eso ocurría en nuestra casa—el arte de Cézanne y la técnica de Gauguin.

Su juicio, juicio de crítico y de experto, fue ofrecido al público amablemente entremezclado con toda suerte de anécdotas y recuerdos, ya que por razones de vocación y de oficio, Lucien Simon viene frecuentando desde hace medio siglo la familiaridad de los más calificados pintores franceses, entre los cuales cuenta. Sus cuadros, objeto de estimable codicia por parte de muchos particulares, hoy son admirados en no pocos museos de Europa y América. Los hay—si no erramos—en Rouen, Lyon, Vitré, Roubaix, Lieja, Bremen, Colmar; los hay también en Budapest y Venecia, en Estocolmo y Manchester, en Filadelfia y Pittsburgo, en Chicago y Buenos Aires. En la capital de Francia, el repositorio del Luxemburgo conserva algunos de esos cuadros, lo que no sólo supone la máxima consagración para un artista viviente, sino además la posibilidad gloriosa, aunque póstuma, de las salas del Louvre. En nuestra ciudad, sin contar *La poursuite*, ese milagro de gracia que es dado contemplar entre los ejemplares más valiosos del Pabellón del Retiro, deben señalarse, por su calidad e importancia, las telas, croquis y dibujos de la galería Llobet.

A pesar de que su estilo data ya, en buena parte, de 1890, nada hay en la obra de Simon que parezca anticuado o que no condiga profundamente con nuestras actuales apetencias artísticas. Podemos estar atentos—*on est toujours de son siècle*—a actitudes y maneras plásticas de fecha más reciente, incluso a modalidades pictóricas que tienen más de intento transitorio que de realización definitiva. Todo ello, al fin de cuentas, no hace sino exaltar, por saludable contraste, el gusto hacia obras como ésta, tan sincera, tan bien construída, tan humana. Mostrarlo—recordarlo siquiera sea mediante el gráfico subterfugio de una especie de exposición diminuta como la que figura en otro lugar de VERBUM—no es sólo un homenaje al artista ilustre que acaba de visitarnos. Es un deber, una necesidad que no parecerá ociosa al lector inequívocamente culto, siempre ganoso de comulgar, así sea a través del trasunto apenas aproximativo del grabado, con obras de tan alta y significativa belleza.

Del programa cotidiano del hombre atento a las cosas del espíritu, de ese programa que según Goethe debe incluir una frase discreta, la audición de un canto, la lectura de un poema y la contemplación de un cuadro hermoso, restamos casi siempre, despreocupados porteños que sin embargo decimos ocuparnos de estética, el último número de la lista.—B.

1931. . . —La historia contemporánea—Anatole France lo sabía—no puede ser escrita sino con intención irónica—traviesa, humorísticamente. No vamos, pues, a aludir, para encontrarnos a tono con la extraña seriedad imperante, a aquel revuelto maremágnum de pasiones que aún no hace mucho combatían, tanto en sentido propio como en sentido figurado, la barca zozobrate, hoy serenísima, de la Universidad porteña.

Place dejar constancia, sin embargo, que mientras en otras casas de estudio las pasiones lograban, bruscamente, las más detonantes conmociones, esos mismos impulsos, no por ello menos pujantes, conseguían aquí, en este siempre apacible y filosófico recinto, el socrático desahogo —¡platónico, mejor dicho!—de nuestras charlas vespertinas. No faltaron, con todo, ni el sibilante estallido doctrinario, ni las deserciones briosamente inútiles. Durante días, el diálogo polifónico de los pasillos alternó así, heroico, casi homérico, con el tenue soliloquio magistral, acústicamente amplificado por la oquedad de las aulas, claras y soledosas. "Nunca la voz de los profesores—advirtió algún chistoso—ha conseguido más eco".

Peró salvo el momentáneo desencuentro—urge señalarlo y sea dicho para honra de los unos y los otros—, profesores y alumnos retomaron aquí, con loable ademán, sin resquemores ni reproches, la alterna, cotidiana tarea. Y una vez más—la historia se repite—se terminó la huelga y recomenzaron los cursos. En eso estamos. En eso y en . . . *Decíamos ayer.*

MEMORIA DE LA COMISION DIRECTIVA. PERIODO (1930-1931)

Con algún retraso, motivado por los notorios sucesos universitarios, el 6 de junio próximo pasado efectuóse la renovación anual de las autoridades del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

El presidente saliente, señor Francisco Nóvoa, luego de leer la Memoria del período y su respectivo Balance, hizo entrega del Centro a las nuevas autoridades.

La numerosa asamblea tuvo para el señor Nóvoa, como asimismo para las personas que lo acompañaron en su desempeño, muestras calurosas de beneplácito, tanto por la prosperidad alcanzada, cuanto por la ecuanimidad de la gestión cumplida.

Seguidamente, descontando comentarios innecesarios, y de acuerdo con lo establecido en el artículo 56 de los Estatutos, reproducimos dicha Memoria: